RISALA SOBRE LOS PALACIOS ABBADIES DE SEVILLA DE ABŪ ŶAᶜFAR IBN AḤMAD DE DENIA. TRADUCCIÓN Y ESTUDIO (*)

Por
ROCÍO LLEDÓ CARRASCOSA

Las fuentes árabes acerca de Ibn Aḥmad de Denia son muy escasas. Prácticamente se limitan a la biografía que le dedica Ibn Bassām en la *Ḏajīra*. La edición completa de esta obra se la debemos a Iḥsān ᶜAbbās, (Beirut, 1979), 8 vols. La biografía de Ibn Aḥmad se encuentra en la parte tercera de la *Ḏajīra*, es decir, en la dedicada al Šarq al-Andalus o Levante de la Península Ibérica, ya que era originario de Denia.

La segunda fuente de la biografía de Ibn Aḥmad es *Al-Mugrib fī Ḥulā al-Magrib* de Ibn Sa'īd de Alcalá La Real (s. XIII). (E. I. 2.ª ed. s.v.), otra antología literaria de al-Andalus ordenada por zonas biográficas, pero que en el caso de Ibn Aḥmad se limita a reproducir el texto de la *Ḏajīra (Al-Mugrib*, El Cairo, s.d., II, p. 466).

En la biografía de Ibn Aḥmad no aparece ninguna fecha como suele ser lo habitual en las biografías de los literarios de la *Ḏajīra*. Sin embargo es posible ubicarlo perfectamente en la segunda mitad del siglo XI gracias a otros datos.

El nombre completo de Ibn Aḥmad es Abū Ŷaᶜfar Ibn Aḥmad, nombre cortísimo con referencia a otros personajes que aparecen con unos numerosísimos *ansāb*, lo que ya nos indicá una corta genealogía islámica, pues como veremos a continuación su padre debió ser el primer musulmán de la familia. El propio Ibn Aḥmad en la *Ḏajīra* nos dice que su padre «era un policía de Ibn Muŷāhid conocido por la avaricia, por la villanía de su carácter y por hacer uso de una autoridad desproporcionada» (p. 757).

Su padre fue policía de Ibn Muŷāhid, es decir de Iqbāl al-Dawla, segundo soberano de Denia.

La pérdida de Denia en manos de los Hudíes de Zaragoza tuvo lugar en 1075. Ibn Bassām nos cuenta en la *Ḏajīra* que Aḥmad Ibn Hūd partió de Zaragoza con un

(*) El presente artículo se basa en la memoria de licenciatura que presenté bajo el mismo título el 14 de noviembre de 1985, en la Universidad de Alicante, bajo la dirección de la doctora Rubiera.

poderoso ejército con el mero propósito de apoderarse de algunas plazas pertenecientes al reino de Denia con el fin de incorporarlas al reino de Tortosa, gobernada por su hijo al-Munḏir.

ᶜAlī Ibn Muŷāhid nombró a su hijo Muᶜizz al-Dawla para que negociase con el sitiador y le recordase los lazos de sangre que unían a las dos familias, y mientras uno hablaba de las plazas fronterizas el otro le estaba ofreciendo la propia Denia.

El ministro de Ibn Hūd, llamado Ibn Aḥmad en la *Ḏajīra* fue quien se percató de que Muᶜizz al-Dawla le estaba entregando la ciudad y aconsejó al rey de Zaragoza que no desaprovechara la ocasión (1). Aḥmad Ibn Hūd fue reconocido como nuevo monarca en marzo de 1076.

En relación con estos hechos nos cuenta ᶜAbd Allāh en sus memorias que un personaje conocido como Ibn Al-Royolo, que había sido visir del príncipe de Denia huyó a Zaragoza donde se instaló logrando más adelante que Ibn Hūd fuera a Denia y se apoderase de ella (2).

Por otra parte, Abū Ŷaᶜfar Ibn Aḥmad, el autor de la *risāla* que nos ocupa, al hablar de su familia cita a un hermano suyo que llegó a ser un poderoso ministro que «confundió a los reyes con sus mentiras» (3).

Unidos estos datos podemos concluir con la tesis de M.ª J. Rubiera que Ibn Aḥmad e Ibn Al-Royolo eran la misma persona (4), el apodo de Ibn al-Royolo, hijo del Rojuelo, quizá fuera debido al nombre romance de su padre, del que sabemos que era policía y al parecer, no tenía más nombre árabe que el de Aḥmad por lo que probablemente sería un nuevo converso musulmán aunque no podemos descartar la posibilidad de que fuese un saqáliba.

La *risāla* de Ibn Aḥmad es lo único que se nos ha conservado de su obra no escrita en verso. Pertenece a un género típicamente árabe, el *saǧᶜ* o prosa rimada consistente en la reiteración de palabras con rima común.

Abū Yaᶜfar Ibn Aḥmad recibió la esmerada educación a que tuvieron acceso los jóvenes nacidos en la segunda mitad del siglo XI en gran parte de los reinos de taifas y, especialmente en la taifa deniense, donde gracias al interés de su rey Muŷāhid, su corte se convirtió en centro de atracción de numerosos eruditos de la categoría de Ibn Ṣāᶜid de Bagdad, el persa Abū-l-Futūḥ al-Ŷurŷanī o filólogos andalusíes tan destacados como Ibn Sīda de Murcia y Abū ᶜAmr ᶜUṯmān Ibn Saᶜīd al-Saifirī, conocido por al-Dānī, el deniense, a pesar de que su nacimiento tuvo lugar en Córdoba.

Gracias a estos grandes maestros pudo formarse en Denia una generación de jóvenes ilustres a la que perteneció Ibn Aḥmad.

La *risāla* del autor deniense ya había sido mencionada por diversos investigadores europeos en relación con los palacios abbadíes sevillanos, tal es el caso de Pérès o Guerrero Lovillo.

Pero no se había profundizado suficientemente en los misterios de esta fuente literaria, y las noticias que hablaban de los palacios eran, en buena parte, confusas. Así, H. Pérès, cuya excepcional labor investigadora y profundo conocimiento del siglo

(1) *Ḏajira*, Beirut, 1979, T. VII, pp. 758-759.

(2) García Gómez, E. *El siglo XI en la 1.ª persona. Las memorias de Abd Allah, último rey Zīrī de Granada, destronado por los almoravides (1090)*, Madrid, 1980, p. 164.

(3) *Ḏajira*, op. cit. p.

(4) Rubiera Mata, M.ª J., «Posible identificación de Ibn al-Royolo de Denia (s. XI)», en *Ŝ al-Andalus*, núm. 1, 1984, pp. 147-149.

XI andalusí son induscutibles, sin embargo en su gran obra dedicada a la poesía de las taifas, señala que «uno de los datos obtenidos por la *risāla* de Abū Ŷaᶜfar Ibn Aḥmad es que el palacio de *al-Mukarram* es de construcción más reciente que el conocido por *al-Mubārak*» (5). Precisamente en el primer capítulo de la *Risāla*, Abū Ŷaᶜfar dice por boca de *al-Mubārak*: «Cuando volvió mi buena estrella y un destino victorioso favoreció mi fortuna, marchándose de ti hacia mí, y se elevó de ti un astro que se dirigió hacia mí, el señor al-Muᶜtamid, que revivió tus viejas ruinas y rejuveneció lo que ya estaba decrépito, como revivió mi mención y elevó mi valor, he aquí que mi nombre se inscribió en la nómina de las grandes mansiones y se registró en la lista de los altos palacios». Según este texto al-Muᶜtamid se trasladó desde *al-Mukarram* a *al-Mubārak*. Y al llamarle viejo y decrépito nos indica que era más antiguo.

Las investigaciones de autores árabes tampoco dieron mucha luz acerca de los palacios abbadíes. El prestigioso arqueólogo ᶜAbd al-Azīz Salem, en un artículo publicado en la revista *Awraq*, habla de *al-Mukarram* o *al-Mubarāk* como si se tratase de un mismo palacio (6).

Éstas, junto con otra serie de noticias contradictorias, hicieron que aumentase nuestro interés por la traducción de esta fuente sobre los palacios, con la esperanza de que pudiese verificar o desechar las distintas hipótesis que se habían planteado, ya que su autor, forzosamente exiliado de Denia, al caer ésta en manos de los Hudíes de Zaragoza, emigró a Sevilla, con la intención de introducirse en la corte de al-Muᶜtamid, y fue testigo directo de la Sevilla ᶜabbadí.

A continuación vamos a enumerar las regias residencias que albergaron a al-Muᶜtadid y a su hijo y sucesor al-Muᶜtamid, soberanos de la taifa sevillana, comentando al mismo tiempo las aportaciones que la *risāla* de Ibn Aḥmad presenta, especialmente centradas en los dos palacios objeto de esta epístola.

Al-Zāhir, el palacio preferido de al-Muᶜtadid, estaba situado a la orilla derecha del río Guadalquivir (7). Su nombre, *Qaṣr al-Zāhir*, significa palacio resplandeciente, aunque es conocido también por *Ḥiṣn al-Zāhir*, denominación que indica su función castrense con que completaba la puramente placentera.

Tras el destierro de al-Muᶜtamid, este palacio quedó abandonado y encaminado al olvido hasta el año 1193 en que Abū Yūsuf Yaᶜqūb al-Manṣūr ordenó rehacerlo (8). Su renacimiento estuvo acompañado de un cambio de nombre, el de *Ḥiṣn al-Faraŷ* (Castillo de la Alegría) (9), conocido también como el castillo del Aznalfarache.

Entre los palacios construidos por al-Muᶜtamid citaremos en primer lugar a *al-Mukarram* (El Venerado). En él residió el soberano durante una temporada, aunque su principal función era la administrativa. Misión que queda expresamente reflejada en el primer capítulo de la *risāla* que nos ocupa: «Oh palacio de *al-Mukarram*... tú eres la base del califato, la estabilidad de la jefatura y la sede de las dinastías valede-

(5) Pérès, H., *Esplendor de al-Andalus*, Trad. Mercedes García Arenal, Madrid, 1983.

(6) ᶜAbd al-ᶜAzīz Sālem, «Quṣūr Banī ᶜAbbāb bi-Išbīliyya», *Awrāq*, II, 1979, pp. 29-50.

(7) Véase R. Dozy, *Scriptorum arabum loci de Abbadidis*, Leiden, 1846, I, p. 257, trad. latina, pp. 292-294. (En este texto se dice que Ismaᶜīl, hijo de al-Muᶜtadid se dirigió desde Sevilla a un lugar de recreo que tenía en el *Ḥiṣn al-Zāhir*.

(8) Bosch Vilá, J., *La Sevilla Islámica (712-1248)*, Sevilla, 1984, pp. 278-279.

(9) Este nombre de Castillo de la Alegría, *Ḥiṣn al-Faraŷ*, lo llevó también el castillo-palacio que Ibn al-Mardanīš construyó cerca de Monteagudo en Murcia y que se conoce como castillo de Laracha, arabismo que procede de Faraŷ (V. J. Torres Fontes, *Repartimiento de la huerta y campo de Murcia en el s. XIII*, Murcia, 1971, p. 72). Tanto el sevillano Ḥiṣn al-Faraŷ como el murciano eran fortalezas así como residencias de recreo.

Acerca del Ḥiṣn al-Faraŷ abbadí puede verse el estudio que hace Torres Balbás «Aznalfarache, Ḥiṣn al-Faraŷ», en *Al-Andalus*, XXV, 1960, pp. 222-228.

ras... contigo se tranquilizó la masa por la administración del Cadí de la justicia del ᶜAbbād valiente y virtuoso...».

El capítulo V incluye una hermosa descripción de *al-Mukarram* de la que entresacamos una líneas: «Me han dicho de ti que tu conjunto encierra adornos en dos fachadas sobre las gradas que llevan a un salón entre dos albercas, ambas de gran belleza y cuyos jardines son límpidos con ramas que se abrazan como amantes... Levantándose entre las hojas la figura del pórtico». Asimismo nos detalla sus jardines con un lenguaje repleto de metáforas siguiendo la línea del más puro estilo preciosista: «Semejan los frutos del arrayán el brillo del oro fundido de los cabellos de las estrellas».

El conjunto aparece rodeado de estatuas y acompañado por el murmullo del agua que se desliza a través de sus canales y acequias.

Guerrero Lovillo sostiene la hipótesis de que *al-Mukarram* estaría situado en la zona antes denominada de alcázares, y ocupada hoy por las calles Amparo, Viriato, Aposentadores, Regina y Jerónimo Hernández (10).

Los restantes palacios abbadíes quedaron registrados en un conocido poema, recogido por M.ª Jesús Rubiera, en el que queda patente la añoranza de al-Muᶜtamid por sus antiguas moradas cuando, en el ocaso de su vida, se encuentra exiliado en Agmat:

Llora al-Mubārak por el recuerdo de Ibn ᶜAbbād.
Llora por el recuerdo de los leones y las gacelas.
Llora su Ṯurayya porque ya no le cubren sus estrellas
que se parecen al ocaso de las pléyades cuando llueve
Llora al-Wahīd, llora al-Ẓāhī y su cúpula:
el río y el Tāŷ, todos están humillados.

Ibn Jāqān, al-Qalā'id (11)

Sobre *al-Wahīd* (El Único) y *al-Tāŷ* (La Corona) no podemos aventurar una posible localización al ser este poema el único dato de que disponemos.

En cuanto a *al-Ẓāhī* (El Próspero), según las noticias transmitidas por Ibn Jāqān, y recogidas por Henri Pérès (12), era el palacio preferido de al-Muᶜtamid, siendo su amor por él semejante al de los Banū Hamdan por la ciudad de Alepo (13). Al Muᶜtamid escogió este palacio para celebrar fiestas íntimas.

Su estructura giraba en torno a un gran salón central con cúpula, denominado *Saᶜad al-Suᶜūd* (Felicidad de las felicidades).

Poseía asimismo jardines repletos de plantas y frutos, rodeados por estatuas.

Gracias a un poema que dedica a este palacio el murciano Ibn Wahbūn sabemos que una de sus albercas recibía el agua de un elefante surtidor.

«Vierte el agua como una espada un maravilloso elefante que no se queja jamás de tedio.

---

(10) Guerrero Lovillo, *Al-Qaṣr al-Mubārak, el alcazar de la Bendición*, Boletín de Bellas Artes de Sevilla, 1970, p. 96.

(11) Rubiera Mata, M.ª J., *La arquitectura en la Literatura árabe*, Madrid, 1981, p. 135.
Este poema es citado por ᶜAbd al-Azīz Salim en el mencionado artículo publicado en *Awrāq* II, p. 38, y atribuye estos versos a Ibn al-Labbana, pero parecen ser del propio al-Muᶜtamid. Véase Dozy, *Loci*, op. cit., I, p. 61. Asimismo puede verse el *Diwān b. Hamdīs*, ed. Dar-Saber, Dar-Beirut, Beirut, 1960, pp. 267-268.

(12) Pérès, H., *Esplendor de Al-Andalus*, Madrid, 1983, p. 142.

(13) Esta traducción debe rectificarse porque el texto de Ibn Jāqān solamente habla de que *al-Ẓāhī* dominaba visualmente al *«Qaṣr»* que puede ser tanto *al-Mubārak* como *al-Mukarram* y su semejanza con Alepo se refiere al amor de al-Muᶜtamid por él que era semejante al de los Banū Hamdan por Alepo, y en ningún momento dice que este palacio fuese del tamaño de Alepo. Véase Ibn Jāqān, Dozi, *Loci*, I, p. 63.

Pace plata tierna y se vuelve sólido, pero él no teme adelgazar» (14). Dato éste sobre el que volveremos más adelante.

Al-Ḥiŷārī nos cuenta cómo al-Muᶜtamid lanzó al río a una esclava bereber que la había vaticinado malos augurios (15). Noticia que nos confirma su situación sobre el río Guadalquivir. Pérès apunta la posibilidad de que estuviese ubicado en el mismo lugar en que los almorávides construyeron en el año 1200 la Torre del Oro (16).

Y, finalmente, nos resta hablar del palacio de *al-Mubārak*, El Bendecido.

Su interior estaba presidido por una gran cúpula que recibía el nombre de *aṯ-Ṯurayya* (Constelación de las Pléyades) y que ocupaba la parte central.

Al estudiar detenidamente los datos referentes a este palacio nos llamó la atención un poema de Ibn Ḥamdīs, el siciliano que encontró refugio en la corte de al-Muᶜtamid, y cuya casida en metro *tawīl* y rima en *lām* nos habla de la existencia de representaciones figuradas en formas variadas, especialmente el verso 11, traducido sobre la versión francesa de la mencionada obra de Pérès:

«Estas figuras, aún inmóviles, parecen dotadas de movimiento, pero ni pies ni manos cambian realmente de sitio» (17).

Hemos visto como nuestro palacio aparecía adornado con figuras de seres inanimados, pero Ibn Ḥamdīs no especifica más. El *kātib* deniense, sin embargo, en el capítulo que cierra la *risāla* se recrea en describir el jardín de *al-Mubārak*, con sus árboles y el perfume de sus arrayanes, y el agua que mana de «la trompa del que tiene el cuello duro y fuerte, es salvaje de origen, u obra del hombre, humana de elaboración, figura representada, de solidez material, que no se mueve».

Esta descripción nos llevó a plantearnos la siguiente cuestión: ¿Se trataba del mismo elefante que describe Ibn Wahbūn al hablar de al-Zāhī?

El propio Ibn Bassām así lo afirma: «Éste es el elefante del que habla ᶜAbd al-Ŷalīl Ibn Wahbūn en una casida *tawīl*...» (18). Igualmente el arabista Ṣalaḥ Jaliṣ alude a otro poema del autor murciano en el que describe el *Qaṣr al-Mubārak* (19).

Guerrero Lovillo plantea la posibilidad de un error pudiendo haberse traspapelado las notas de Ṣalāḥ Jāliṣ (20). Pero también podría pensarse que se trata de un gran recinto con diversos salones independientes pero con elementos comunes, lo cual sería más acorde con el concepto árabe de palacio. Por otro lado, este tipo de construcción no es una entelequia, sino que se nos ha conservado un claro ejemplo del mismo en el palacio de la Alhambra.

Pensamos, finalmente, que no es muy aventurado llegar a esta conclusión gracias a la aportación de la *risāla* de Ibn Aḥmad que al referirse a un elefante surtidor,

---

(14) Ibn Bassām, *Ḏajīra*, III, op. cit., p. 519.

(15) Al-Ḥiŷārī, «al-Mushib» en *Analectes* II, pp. 620-621.

(16) Pérès, H., *Esplendor de...*, op. cit., p. 141.

(17) Pérès, H., *La poésie andalouse en arabe classique au XIᵉ siècle*, París, 1959.

(18) Ibn Bassām, *La Ḏajīra*, op. cit., p. 766.

(19) Salah Jalis, *La vie Litteraire a Sevilla au XIᵉ siècle*, Argel, 1966, p. 204.

(20) Al buscar en la *Ḏajīra* la existencia de un segundo poema dedicado a *al-Mubārak* comprobamos que Ṣālaḥ Jāliṣ estaba en lo cierto. Aparece un poema *tawīl* de rima en *Baᶜ* dedicado a la decoración de *al-Mubārak:*

«Es como el fuego brillando entre dos velas y
el agua por un conducto deslizándose
Una nube desciende bajo las alas de la noche,
en sus lados la ligereza del relámpago agitándose»
Ḏajīra, III, p. 472.

nos ha encaminado a la asociación de *al-Zāhī* y *al-Mubārak*, como recintos de un mismo alcázar árabe. Esta asociación daría mayor significación al aludido poema en el que al-Muᶜtamid recuerda sus palacios desde el destierro, citando a *al-Mubārak* junto con *al-Zāhī*, *al-Wahīd* y *al-Tayŷ*. Probablemente estos dos últimos formarían parte del conjunto, con lo cual dispondríamos de tres zonas palaciegas claramente diferenciadas. Por un lado la que fue morada de al-Muᶜtadid, *al-Zāhir*; por otro, la zona administrativa regida por *al-Mukarram*, y en tercer lugar, el alcázar preferido por al-Muᶜtamid, en el que *al-Mubārak* y *al-Zāhī* serían sus palacios predilectos.

En cuanto a la *risāla* que nos ocupa, diremos que pertenece a un género llamado *mufājara*, similar al Debate o Disputa medieval. En ella dialogan los dos palacios ᶜabbadíes a que nos referimos, y su enfrentamiento sería, probablemente, la excusa utilizada por Ibn Aḥmad para ser admitido en la corte del segundo rey sevillano.

Terminamos este trabajo con la esperanza de que la aportación ofrecida por este texto medieval sirva para esclarecer, en parte, la oscuridad que se cierne sobre los palacios ᶜabbadíes.

La *Risāla sobre los palacios ᶜabbadíes* consta de siete partes que hemos dividido en capítulos: El diálogo es abierto por *Mubārak*, que cuenta, con altivez cómo al-Muᶜtamid ha abandonado *Mukarram* para vivir en él. En el segundo capítulo *Mukarram* habla modestamente de sí mismo y elogia a su rival. Con esta humilde actitud provoca la vergüenza de *Mubārak* que se disculpa en el tercer capítulo, y tras la súplica del perdón aparece una carta de recomendación de Ibn Aḥmad puesta en boca del propio palacio. Las partes cuarta y quinta están dedicadas a mutuas descripciones. El capítulo sexto incluye la autoalabanza del autor por boca de *Mukarram* y en el séptimo y último capítulo *Mubārak* se describe a sí mismo.

Capítulos que escribió de la carta que compuso por boca del palacio «Al-Mubārak» cuando se trasladó Al-Muᶜtamid (Ibn ᶜAbbād) al palacio «Al-Mukarram» de los palacios de Sevilla

Capítulo I (Habla *al-Mubārak*)

Nosotros, oh mansión feliz, palacio viejo (21) y nuevo!, aunque nuestras venas laten por la belleza, sabemos que algunos de nosotros tenemos sobre otros unos derechos, pero no se nos impone el derecho de la parcialidad y la subordinación, cuando estamos unidos a la grandeza de la dinastía *Lajmī* (22) y nos honramos con la amistad del poder real de al-Muᶜtamid —que Dios anude para nosotros sus cuerdas y extienda para nosotros sus sogas!— (23) y verdaderamente digo: «oh Palacio Al-Mukarram, no hay duda de que posees la superioridad y la supremacía, puesto que eres la base del califato, el pilar de la jefatura y el centro de reinados ininterrumpidos; los testigos atestiguan que es contigo que el país se extiende y de ti se difunden los bienes como si fueran langostas, mientras se hace más fuerte el aguijón de los herejes y arde el rencor de los oponentes, pero no cesan de ser voraces con ellos y hacen contra ellos algaras mañana y tarde, y someten a todos los impíos pertinaces y erradican a todos los traidores rebeldes hasta que quiebran aquel aguijón y apagan aquel odio.

La tristeza se disipó, se tranquilizó la masa con la administración del juez de la

(21) Hemos utilizado la variante *al-qadīm* por *karīm*.

(22) *Lajm*: Los ᶜabbadíes de Sevilla pertenecían a la tribu árabe *Lajm*.

(23) Esta frase hace relación a la vida nómada: las cuerdas de las tiendas beduinas.

justicia (24) y la justicia de un ᶜAbbād valiente y virtuoso; un largo espacio de tiempo pasó por ti así y una larga extensión de tiempo languideció contigo, pues es seguro tu camino, pura tu bebida, tus cuervos no emprenden el vuelo (25), ni tus vecinos están hambrientos. Felicidades tengas, ¡ahora y siempre!

Cuando volvió mi buena estrella y un destino victorioso favoreció mi fortuna marchándose de ti hacia mí (26), y se elevó de ti un astro que se dirigió hacia mí, el señor al-Muᶜtamid que revivió tus viejas ruinas y rejuveneció lo que ya estaba decrépito como revivió mi mención y elevó mi valor, he aquí que mi nombre se inscribió en la nómina de las grandes mansiones y se registró en la lista de los altos palacios ¿quién vio antes que yo convertirse los valles en montañas? Me convertí —Por Dios, para El sea la alabanza!— en la meta de los viajeros, en el centro de los peregrinos, en la *Kaᶜba* de los hijos de la esperanza, en la protección del que teme y tiene miedo.

En cada amanecer el visitante me rodea y tras dar la vuelta, visita cada pilar y cada piedra.

Si el *Iwān* de Cosroes fuera contemporáneo mío, aún tendría yo, a pesar de su existencia, poder y fama (27).

En mi patio se anudan los estandartes a los que sigue un ejército acompañado o precedido por la victoria.

Con la suerte de un vigilante de Dios en quien apoya (28) sus acciones en un tiempo traicionero.

Cuánta fama de audaz tiene entre la gente que recita (sus hazañas) como las aleyas y las azoras (29).

Capítulo II (Contestación de *al-Mukarram*)

Conocido es, ¡oh palacio con el que se adorna el tiempo! que todas las acciones tienen una causa y que todas las almas tienen lazos y motivos, deseos y necesidades. Así pues el inteligente es aquél que sabe apreciar las cosas por su valor y considera los asuntos tras haber reflexionado sobre su autenticidad y el que sabe que se producen accesos de aburrimiento y que el hastío llama a la puerta y que esto se remedia cambiando de un estado a otro para salir de esta opresión y aquel hastío desaparece (30).

Por consiguiente, no es extraño la prosperidad de mi jardín, el frescor de mi arrayán, pues esto solamente sucede en períodos tranquilos, en días y noches que se suceden (sin contratiempos). Es en cambio la maravilla de las maravillas lo que me han contado a mí de ti sobre la perfección que hay en ti y se ha reunido en ti: los jardines de altas palmeras, donde las flores alcanzan su plenitud, y se multiplican más rápidamente que se vuelve la mirada y que la mano se cierra: la rosa que es como el rubor de las mejillas; el narciso que es como las pupilas de las mujeres bellas; la azucena que es como una mano que dobla sus dedos sobre limaduras de oro; las

(24) Los ᶜabbādíes era jueces de Sevilla.

(25) Los cuervos: símbolo de mal agüero.

(26) Según este texto al-Muᶜtamid se trasladó desde *Mukarram* a *Mubarak*. *Mubarak* lo recuerda y se dirige a él llamándole viejo lo que indica que era más antiguo.

(27) *Iwan* significa cúpula abovedada y Cosroes es el nombre genérico que los árabes dan a los reyes de Persia. Véase M. J. Rubiera, *La arquitectura en la...*, op. cit., pp. 39-41.

(28) Juego de palabras con el sobrenombre al-Muᶜtamid, que significa «el que se apoya en Dios».

(29) Verso un tanto blasfematorio en su hipérbole.

(30) *Al-Mukarram* le dice a *al-Mubārak* que al-Muᶜtamid se ha cansado de él.

anémonas que son como pomos áureos sobre ramas de topacio; el alhelí que parece pedir prestada la forma a los ojos o que selecciona los ropajes de los tristes; la violeta que refleja el azul de los jacintos y los restos de fuego en la punta de las teas; el jazmín que recuerda a las blancas mejillas y ha robado el almizcle y la suavidad a todas las rosas.

Capítulo III (Habla *al-Mubārak)*

Ciertamente la vergüenza ante ti me cubre como un vestido y el reconocimiento de tu verdad me exige que reconozca mi falta y presente mis excusas por mi descuido anterior de familiarizarme contigo y mi abandono de mi amistad contigo. Yo antes estaba en el lugar de prosperidad en el que estás tú hoy, pues Dios te ha cumplimentado con sus dones y te ha permitido disfrutar del enorme favor de la ocupación constante al servicio del señor al-Muᶜtamid, y cuando se trasladó hacia ti fue necesario que pidiera disculpas y te solicitara el perdón y que te escribiera una felicitación considerándote mucho, y no cesé de buscar a quien me sustituyese en el puesto y no cesé de buscar a quien destacara en escribir hasta que encontré al autor de este escrito (31) con los adornos de su elocuencia y te habló de mí con lo que tú ves y con lo que tú has tratado de clarificar de su intención, pues él consideró necesario unirse en mi favor y estar implicado en mi causa con los derechos que yo he adquirido, y tuvo una participación en mi cuidado y mi amor y yo te pido el favor de que le trates bien por mí y una sincera intercesión por mí al Señor Benefactor y no es menor que el que lo prueba y lo experimenta pues ciertamente es digno por ser la mejor de las buenas obras, de que se le recompense y se me enriquezca por él con gracia y favor, y si la feliz dinastía puede pasar sin él y no derrocha su generosidad al envolverle con su protección, la virtud de ella le hace digno de estar en su tienda y se instala en su casa para conocer a quien sabe cómo dirigirse a ella habiéndose enjoyado con sus riquezas y tal vez así se muestre después de esto una opinión en su ennoblecimiento y su cambio.

Capítulo IV (Dice *al-Mukarram)*

Respondiéndole a su composición: haces el bien ¡oh palacio de al-Mubārak! haces el bien. La fuerza has mostrado y la celeridad has encontrado. Y te has convertido —Allah ha completado tu grandeza y ha hecho crecer tu esplendor por estas características eres grato entre los pasajes y hasta los confines.

Pues quien sea uno de los siervos de al-Mu'ayyid, no cesan de ser alabados sus esfuerzos y acertadas sus saetas.

Es un señor que cuando se propone una cosa, pues ciertamente sus recursos son su lanza y su sable.

Tú dispusiste de una situación elevada, con altas posiciones y se eleva para ti la posición astral con la señal de los buenos augurios y se elevaron contigo las pendientes de las alturas y el beneficio que obtienes por la fuerza del poder domina contigo sobre tus iguales a las nuves. Y pues ¿Qué hace a tu lado la constelación de Géminis?, y muy poco es para ti que yo mencione al *Ablaq*, el famoso castillo de *Samaw'al* (32). Y la *Tayma*. Tú eres el firmamento de las estrellas de la realeza y el cielo de las estrellas fugaces que apedrean al politeísmo (33).

---

(31) Carta de recomendación de Ibn Aḥmad puesta en boca del palacio.

(32) M. J. Rubiera, *La arquitectura...*, op. cit., p. 38.

(33) Alusión coránica: en el cielo los ángeles apedrean con estrellas fugaces a Šaytān cuando quiere acercarse.

Capítulo V (Responde *al-Mubārak)*

¡Por Dios! ¡Oh señor de los palacios y júbilo de los tiempos! Me han confirmado y me han dicho acerca de ti que tu aspecto atesora bellezas y que tu conjunto encierra adornos, en dos fachadas sobre dos gradas que llevan a un salón entre dos albercas, ambas de gran belleza y cuyos jardines son límpidos con ramas que se abrazan como amantes y te dan el placer de los talles de las muchachas y te hacen olvidar los cuellos de los jóvenes embriagados (34), levantándose entre las hojas la figura del pórtico. Pasa entre ellas la brisa lánguida semejante al débil parpadeo del sol a través de ellas, y tú estás por su causa envuelto en una sombra extensa, entre acacias sin espinas y frutos húmedos (35) a punto de caer, aunque no se desgajan hacia el arrayán que exhala perfumes. Semejan (estas flores) el brillo del oro fundido de los cabellos de las estrellas, de los fuegos dispersos, de las flores de colores entre las cuales hay blancas resplandecientes y de amarillo intenso, rojo sin mezcla y otras de lujuriante verdor; hay margaritas como los dientes de las bellas; amapolas como heridas o conchas de cornalinas; toda esta belleza deliciosa está situada frente a ese salón excelso y maravilloso que es la concha de la perla *Lajmí;* atraen las miradas y hacen detenerse a los ojos, estas construcciones que parecen telas de araña, estas bellas obras que han desnudado a los jardines y que la tierra de Ṣanᶜa no conoció tales; ni entretejió otras las manos de la lluvia, ya que el oro fluyente rivaliza con ellas y en ellas se esparce un agua bella que sube y se desliza y sus imágenes embrujan los ojos como si hablasen con sus movimientos elegantes o como si callasen con la quietud de sus posturas.

Pasó tu hermosura por todos los palacios como pasó el «Protector» por todos los reyes de la humanidad.

Un soberano, si se detienen los reyes ante su puerta, vuelve grande el más pequeño de ellos.

Buscó Su Excelencia en las lanzas y en los regalos y se la impidió a los que la buscaban en la seguridad.

Su incendio del fuego de la guerra es su gloria y el orgullo de un pueblo es encender el ámbar.

Cuando las espadas brillan como centellas y las lanzas son como la noche y los corceles como ríos (36).

Y por un amor, oh palacio, el acostumbrado a su extensión, el dominante en su origen, si fuera posible que nos encontráramos a fin de que tuviese lugar la curación y se consolidase la hermandad.

Si fuese posible que corriese lo sólido correría conmigo el gran amor.

Y aunque yo no te puedo ver con la mirada te veo con el corazón.

Y ¡Por Allah! es un Rey que nos protega siendo el propietario de todos los palacios del país.

Ha reunido Allah en él a unos amigos excelsos que son los que se reúnen con los abbadíes.

¿Cuándo se elevó en los aires Ibn Mā' al-Samā' y cuándo se atribuyó ser Ibn Ḥaqq al-Ŷalad (37).

---

(34) Cuellos y talles se cimbrean como ramas.

(35) Parafrasea Sura 56, aleyas 27-30.

(36) Juego de palabras. Tras la noche, *Layl* se esperaría días, *Nahr* y en su lugar aparece *Nahar*, ríos.

(37) Personajes míticos de la época preislámica.

Protegía junto a ella el sueño de sus párpados y se los pintaba con *kuhl* con el pincel del insomio.

Unas frases que no se aclaran sino con la constatación, unas buenas obras sobre las que la lengua y el razonamiento dicen la verdad, unas obras nobles a las que no abarcan las nubes, y una literatura como cálices que se abren, que hace oír a los sordos y hace detener a los valiosos y agudiza la naturaleza de los tontos.

Con la rápida observación y con el fácil donaire te basta con a quien el talento le ayuda y al que auxilia una mordacidad clara, es decir, obra bendita (38) y totalidad excelente y lánguida.

Capítulo VI (Añade *al-Mukarram)*

Y sobrecargó mi montura, se fatigó la cabalgadura de mi alabanza y mi reconocimiento cuando cogiste los dos extremos de la superioridad y me marcaste mi camino de la incapacidad en la palabra y en la obra, con lo que contribuiste —y tienes la más completa superioridad en ello— con la facilidad de improvisación en el discurso, en abrir la puerta de la escritura, con el perfume del elogio, con el aroma del incienso (y es excelente la alabanza, como las flores de las colinas después de la primera lluvia primaveral). Y si no fuera por lo que está unido a mí de ti, y lo que está establecido ante ti de mí, de la legitimidad de tu intención y de la integridad de tu pensamiento, ya diría: Esta desnudez es manifiesta y este desprecio esta extinguido bajo el lenguaje del panegírico, pues ciertamente tú vas lejos en tu escrito en cuanto a la manifestación y corres a rienda suelta y no paso por un párrafo de él sin que se aclare para mí lo que estaba oscuro, siempre que vuelve mi mirada en él, admirándome por la belleza que suele derrochar y que manifiesta, y me asombro una vez, y otra vez me admiró y dije: ¡Por Dios!, su autor ha sido breve y ha sido elocuente, y ha sido conciso y es como si fuera prolijo. Después volví a decir: No hay nada de qué asombrarse, tomó al dictado la belleza del palacio de al-Mubārak y escribió, y acaso él no es sino el mar que arroja las perlas, y el vergel que sonríe al enrojecer sus flores.

Capítulo VII *(Al-Mubārak* se describe a sí mismo)

Critiqué al escritor en broma, aunque sea una desgracia no muy lejana a la necedad, para quien ve la maravilla de las maravillas y lo más peregrino de lo peregrino, lo que me ha sucedido, acerca de lo que era perfecto en mí y se te ha atribuido a ti en un corto espacio de tiempo, mas no he tardado en adornarme con bellas joyas, con ropajes rayados de oro, con colgantes y pendientes, aunque no verás sino un jardín rico y un huerto verde y una belleza resplandeciente, encantos que arrebatan las entretelas de los corazones y cuyas descripciones colman de lo más cercano a lo más lejano: árboles que nacen al instante, arrayanes que esparcen su perfume, agua que corre por doquier; aparece con su mejor ropaje, con una cimbreada cintura y la figura de jóvenes esbeltas y tiernas, con perfumes frescos y suaves, no con hierbas secas y débiles, no con árboles añosos; tienen sus arrayanes fragancia y el murmullo del agua es un grito siempre que es arrojada por la trompa del que tiene el cuello duro y fuerte, salvaje de origen, obra humana, elaboración del hombre, figura representada, de solidez material que no se mueve (39).

---

(38) O de *al-Mubārak*.

(39) Alusión clarísima al elefante surtidor.